

Reseña del libro *Las encrucijadas de la democracia moderna*, de José Luis Tejeda

Jorge Velázquez Delgado

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa (México)

José Luis Tejeda, *Las encrucijadas de la democracia moderna*
(Plaza y Valdés, Universidad Autónoma de Nuevo León, México, 1996)

Las encrucijadas de la democracia moderna es, a mi juicio, un inquietante y apasionante esfuerzo de alguien que, como José Luis Tejeda, pretende esclarecer un poco la bruma de los tiempos que nos han tocado vivir. En estos tiempos, el conflicto, la tensión y el drama histórico han obligado a que la democracia, en vez de ser una fuerza emancipatoria de la modernidad, termine por convertirse en el objeto recurrente de una gimnasia intelectual que llega a perder todo referente de justicia e igualdad social. Es esta especie de “desustancialización” de la democracia lo que nos obliga a cuestionarnos –como lo hace Tejeda– cuáles son sus legítimas pretensiones, pero sobre todo por qué, al presentársenos como un horizonte promisorio y por lo mismo esperanzador, la democracia debe pasar por ese rosario de encrucijadas. Tales encrucijadas provocan, a su vez, el desencanto democrático, al crear un marco de legitimidad que se traduce en una nueva perspectiva de dominación de dimensión planetaria.

La conclusión a la que llega Tejeda es que las encrucijadas de la democracia moderna constituyen un grito de alarma, una advertencia que merece escucharse con toda seriedad. Tejeda arriba a este resultado después de haber realizado la titánica y admirable tarea de recorrer los escenarios sobre los que se ha montado el debate más crucial de los últimos años: el debate sobre la democracia y su futuro en este fin de siglo. Demuestra así, a todo aquel que quiera navegar por estas aguas –unas veces tranquilas y otras tormentosas, como lo son las de los debates y combates por la democracia– que su crítica no es simple reflejo, sino la posición coherente de alguien que asume como propio el hoy tan necesario compromiso de la modernidad. La tradición jacobina de democracia no le es ajena a Tejeda, razón por la cual la suscribe y la hace propia.

Determinar cuál –o cuáles– llegan a ser para una época sus principales fuerzas vertebrales siempre ha resultado ser una tarea de Sísifo. En el caso lati-

noamericano, es a partir del asesinato de Salvador Allende cuando –a pesar de las lecciones de los golpes de Estado en Latinoamérica– se pasa de una forma de concebir la política, y en especial el cambio social, a otra en la cual al parecer las mediaciones fueron prácticamente inexistentes. Es decir, se abandonó el ímpetu revolucionario-utópico –tan característico como propio de la modernidad– y se adoptó la democracia como el principal paradigma de la reflexión y de la acción política, como la principal fuerza del cambio y para el cambio en nuestras sociedades. Esto se realizó a través de una peculiar diáspora, cargada a veces de gran cinismo, y otras veces de grandes y graves confusiones ideológicas entre los que en otros tiempos llegaron a constituir verdaderas legiones de militantes e intelectuales de izquierda, o entre ciertos sectores progresistas de la sociedad que conformaban esa izquierda tan multiforme como multicromática.

Así, la democracia se convirtió en breve tiempo en la principal fuerza dinámica de la vida política en estas sociedades. A partir de ese entonces se la ha adoptado como un horizonte esperanzador que ha sustituido cualquier imaginario de inmanencia de matriz revolucionaria –si vale hablar en tales términos– que haya existido o que se presente en esta, nuestra modernidad.

La democracia debería resolver, así, entre otras muchas cosas, la cuestión del cambio político en las sociedades de este fin de siglo. Sin embargo, y por lo que se alcanza a ver a lo largo de ese infatigable debate –en el cual, al menos en el campo teórico, se ha llegado a hablar de todo lo que supuestamente ha sido, es y debe ser la democracia– se tiene la conciencia –o al menos el derecho a la sospecha– de que la democracia es una cuestión de tal complejidad que lleva a pensar en infinidad de casos; que, como juego teórico pero sobre todo como dilema práctico, la democracia llega a convertirse en una encrucijada histórica que nos coloca entre la espada y la pared, y ante un precipicio.

Ahora bien, es bastante cierto que la llamada crisis revolucionaria de este fin de siglo participó también como uno de los principales factores que contribuyeron a hacer de la democracia el problema central –y, como tal, vertebrante– de nuestro tiempo. Pero el hecho de que la modernidad viva un tal vez del todo saludable, necesario e intenso proceso de desjacobinización de la historia no implica que la democracia se deba manifestar ajena a la necesidad de una no menos saludable revalorización tanto de los presupuestos como de los contenidos libertarios que dimensionan la modernidad, y en particular de la propia acción y activismo políticos. Al parecer, eso conduce a que se adopte esta modernidad real, que vivimos como el resultado de una siempre cuestionable racionalidad histórica, política, económica o social. Ahora bien, esa modernidad no puede encontrarse exenta de cualquier cuestionamiento crítico sobre la expresión material e histórica de estos debates y combates por la democracia.

En lo que más insiste Tejeda es, precisamente, en la necesidad de ejercitar la reflexión crítica como algo mucho más relevante que la simple apuesta sobre cuál puede ser la mejor de todas las democracias posibles. Para Tejeda, la reflexión crítica es una actitud que –al igual que la ironía, agregaríamos por nuestra cuenta–, nos permite hacer frente al desencanto democrático, que puede adoptar la forma tanto de un escepticismo como de un individualismo desmesurado. Por otro lado, la reflexión crítica es también el medio más valioso para enfrentar una condición histórica en la cual la legitimidad democrática sólo beneficia a las oligarquías promotoras de la llamada revolución neoliberal, y a su proyecto de globalización planetaria, que está llevando a este mundo a convertirse en una especie de insoportable *shopping* globalizador.

Desde ese conservadurismo de fin de siglo y ese proceso globalizador se teje toda la argumentación de nuestro autor sobre la cuestión de la democracia y sus encrucijadas. No es, pues, en modo alguno exagerado plantear que la principal encrucijada de la democracia radique hoy día en la tensión existente entre los apetitos privatistas del neoliberalismo y los supuestos ideales democráticos que pretende promover.

¿Que sería, en tal sentido, la democracia? Una simple reinención del nexo público/privado, promovida y fomentada por el neoliberalismo. Como bien cuestiona Tejeda, a la par de producirse una al parecer inevitable e irrefrendable “desestructuración de identidades colectivas” –volatización, diríamos nosotros–, se termina por llevar al individuo “a una actividad pública limitada” (pág. 436). Al definir en tales términos la cuestión más visible de esta “reinención de la democracia” por el neoliberalismo, no es posible dejar de pensar que José Luis Tejeda –como nosotros– valora este tiempo como un proceso histórico en el que la imaginación democrática se encuentra pervertida. Es decir, lo que reiteradamente se encuentra a lo largo de esta extensa exposición de Tejeda sobre los dilemas y tensiones de la democracia es su inquietud de manifestar que la democracia que requiere nuestro tiempo es una democracia capaz de garantizar tanto la justicia como la libertad.

Esto último nos lleva a afirmar que este libro de José Luis Tejeda tiene el mérito enorme e indiscutible de ser la nota discordante en el coro. Para él, lo que abre hoy el neoliberalismo –conjugado con estrategias y marcos de legitimidad de matriz democrática–, son nuevos códigos de autoritarismo, de un autoritarismo desenfundado y autocomplaciente que presupone, entre otras cosas, tanto la negación como el fin de la política (y de la historia). Y esto implica, a su vez, que, como masa, el ser humano sea hoy producto de una innegable individuación y de una modernización vertiginosa.

La nota discordante que introduce Tejeda al invertir el debate democrático radica en su insistente inquietud por volver a redimensionar la democracia en el

interior de la tradición jacobina. Para él, lo verdaderamente deplorable del arribo democrático es que se exprese como el objeto de esa proliferación de referentes parciales de significado que resultan ser tan característicos de este debate. Tales referentes, en su conjunto, han llegado al absurdo de mostrarnos su propia insuficiencia al no poder construir una alternativa de sentido.

Ahora bien, lo que no se logra ver, a lo largo de esta odisea en la que se embarcó Tejeda al querer deshacer los intrincados nudos de este debate, es si el fantasma que hoy recorre el mundo es el del hastío en torno a un debate de suyo promisorio, pero que ha llegado a una lógica de sentido consistente en ese supuesto triunfo de la democracia, tal como la entienden los neoliberales, frente a sus oponente reales o virtuales. Una lógica de sentido en la que todo tiene una extraña e insoportable *unidimensionalidad*.

Es precisamente esa unidimensionalidad la principal fuerza que emerge de siempre, y que hace imposible la feliz concordancia entre la democracia real y la democracia ideal (pág. 121). Como es también, hoy por hoy, el principal factor que nos obliga a hablar de un paradójico proceso involutivo en el modo en que dicho proceso se nos presenta socialmente: una especie de regresión histórico-social a través de la cual hemos terminado por tirar al cesto de la basura todo aquello que en otros felices tiempos representaron nuestros propios parámetros de progreso individual y social.

Si esto es así, participo entonces de la preocupación de Tejeda según la cual la principal encrucijada de nuestros actuales sistemas democráticos es ese “demos” empobrecido y mutilado. De igual modo, confieso que no puedo evitar expresar aquí la necesidad de suscribir, junto con Tejeda, la inquietud por establecer una visión de la democracia en la cual un “ideal de reconstrucción ética” encuentre su verdadero horizonte de complementariedad en la indomable fuerza emancipatoria que contiene nuestra propia sociedad (pág. 47).